

El sentido de una muerte. El valor de una vida.

¿Cómo se mide el valor de una vida? ¿Cómo se puede valorar el sentido de una muerte? ¿La muerte tiene sentido? En la cruz y la resurrección de Cristo nos animamos a descubrir alguna pista de respuesta: el valor de una vida, o el sentido de la muerte, se encuentra en su fecundidad. En el fruto que brota de la semilla sembrada en el corazón de los que quedan, o de la semilla sembrada en el corazón del mundo.

Esto ya se intuye en los dichos del profeta Isaías que acabamos de escuchar. Los que se alegran por Jerusalén son los que estaban de duelo por ella. Es que Jerusalén estaba muerta, por eso hay duelo por ella. Muerta, porque años atrás todos sus habitantes fueron llevados al exilio. Estaba muerta porque ya no había celebraciones en el templo. Estaba muerta porque ya no había nadie para alabar y bendecir a Dios.

Sin embargo, todos los que aman esta Jerusalén muerta deben alegrarse, porque en ella, en su restauración como ciudad, se renovará la vida. *“Compartan su gozo los que estaban de duelo por ella!”*

La ciudad, estando muerta, será ahora fecunda: de ella brotará vida y será como una madre que sostiene en sus brazos, que alimenta con el sabor de sus delicias y da consuelo con caricias de amor.

Allí, entonces, encontramos dónde está el valor de una vida o el sentido de una muerte: en su fecundidad. Es decir en **la fuerza de su amor**, que trascendiendo la muerte se perpetúa en la vida de otros como regalo de consuelo y de paz.

¿Pero cómo se mide la fuerza del amor para poder valorar una vida o dar sentido a una muerte?

Hay dos dimensiones donde se expresa la fuerza del amor: en lo que se hace y en lo que se padece.

Hay quienes demuestran la fuerza del amor en lo que hacen. Son los grandes santos, y también las personas comunes que se destacan por sus acciones, sus virtudes, su solidaridad, su lucha contra las injusticias y su entrega por los demás. Teresa de Calcuta, San Francisco de Asís, y tantos otros..., que muestran la fuerza del amor a través de sus obras. Y muchas de ellas quedan como testimonio de su presencia en el mundo: fundadores de Órdenes Religiosas, de Congregaciones, de Monasterios o de casas y lugares de atención a

los enfermos y a los pobres. Las obras son el testimonio del amor y su fuerza transformadora.

Pero hay otros que muestran la fuerza del amor en lo que padecen, en lo que sufren, aún silenciosamente, como los niños Santos Inocentes de los comienzos del Evangelio. Esto se da, fundamentalmente, en los pobres. Y se expresa a través de una fe confiada en Dios, en la mística popular de los que se saben hijos de Dios y por eso amados por Él, aún en el dolor.

La fuerza del amor que se sobrelleva en el padecimiento de injusticias, de violencia, de sufrimiento en la enfermedad, en síntesis: en medio del dolor. Un dolor que no quiebra a quien lo padece, y paradójicamente está lleno de esperanza. Como dice San Pablo en la segunda lectura “*yo llevo en mi cuerpo las cicatrices de Jesús*”.

En la vida estas dos dimensiones muchas veces se dan juntas.

Así le pasó a Jerusalén. Padeció la desolación, pero la vida del pueblo se renovó en ella a partir del regreso y la reconstrucción. Todo se hizo nuevo en Jerusalén.

Así también le pasó a Jesús. Fue aquel del que se dijo “*todo lo ha hecho bien*”, pero también el que padeció en silencio “*como oveja llevada al matadero*”, una muerte injusta para redimirnos a todos.

Así pasó con nuestros hermanos Siervos de Dios Pedro, Alfredo y Alfie, y los jóvenes Salvador y Emilio. **La fuerza de su amor se mostró en todo lo que hicieron, y también en lo que injustamente padecieron.**

La fecundidad del amor y su fuerza en ellos ha sido tan grande que hoy, 34 años después, los seguimos recordando. Y como testimonio claro y preciso, siguen siendo para nosotros horizonte definido para dar valor a nuestras vidas y sentido a nuestra futura muerte.

Por eso este recuerdo debe ser compromiso a la vez. Ser fecundos nosotros hacia otros; como lo son estos Siervos de Dios con nosotros.

Ser fecundos. Como si nuestra vida fuera una gran siembra que requiere de una tarea fundamental: la de cosechar los frutos para que, con ellos, podamos dar vida, como lo pide hoy Jesús en el Evangelio, venciendo toda oposición del mal y del demonio.

Ser fecundos. Lo que implica entregar estos frutos: la paz, el consuelo y el gozo. Regalos que nuestros hermanos, Siervos de Dios, han dejado en nuestro corazón.

¿Cuál es el valor de una vida? ¿Qué sentido tiene una muerte?

Es la fuerza del amor en lo que se hace y se padece. Es la fecundidad. Nos lo muestra Jesús. Y lo vemos testimoniado en nuestros hermanos Siervos de Dios a quienes hoy recordamos y celebramos.

Mons. Enrique Eguía Seguí
4 de Julio de 2010